

De habla y de fábula

De la lengua, el habla y otros exilios...

Mariano Ibeas Gutiérrez

El habla, la competencia de los hablantes, es la protagonista de varios tiempos y espacios a los que Ibeas llama exilios. “Un simple viaje en autobús o tranvía puede transformarse en una torre de Babel”.

–Soy totalmente bilingüe, pero en cada idioma arrastro el acento del otro. Otro motivo de curiosidad es mi nombre. Aquí los americanos me dicen John y les parece de lo más natural.

–Pues yo –le contesté– desde cuando le oí el nombre sospeché su origen vasco. Tengo un amigo de Bilbao que se llama también Jon. Muy buen poeta por cierto.

Álvaro Mutis, Andancias y tribulaciones de Maqroll, el Gaviero

Casi hubiese podido reproducir este diálogo punto por punto en primera persona. Sin traicionar mucho a los hechos y en aras de la veracidad de la historia, sólo debería cambiar mínimamente los nombres propios... Dicen los de Bilbao que cualquiera puede nacer en cualquier sitio, pero sólo ellos son de donde les da la gana.

Así pues voy a hablar de mi propia experiencia.

Y para que no me traicione el subconsciente me limitaré a constatar algunos hechos.

Así por encima, se han publicado estos datos en el *Heraldo de Aragón* del día del Pilar de 2013: “Zaragoza, con 701.705 habitantes, pierde población por primera vez en una década” y nos enteramos también de que “32.923 son inmigrantes de Rumanía, 7.950 de Marruecos, 6.723 de Ecuador, 5.911

de China, 4.828 de Colombia, 4.716 de Nicaragua, 3.495 de Argelia, 2.951 de Senegal, 2.046 de Portugal, 1.941 de la República Dominicana y 1.914 de Ghana...”

“Hoy, la escuela y, sobre todo, la escuela pública de determinados barrios parece una delegación de la ONU.

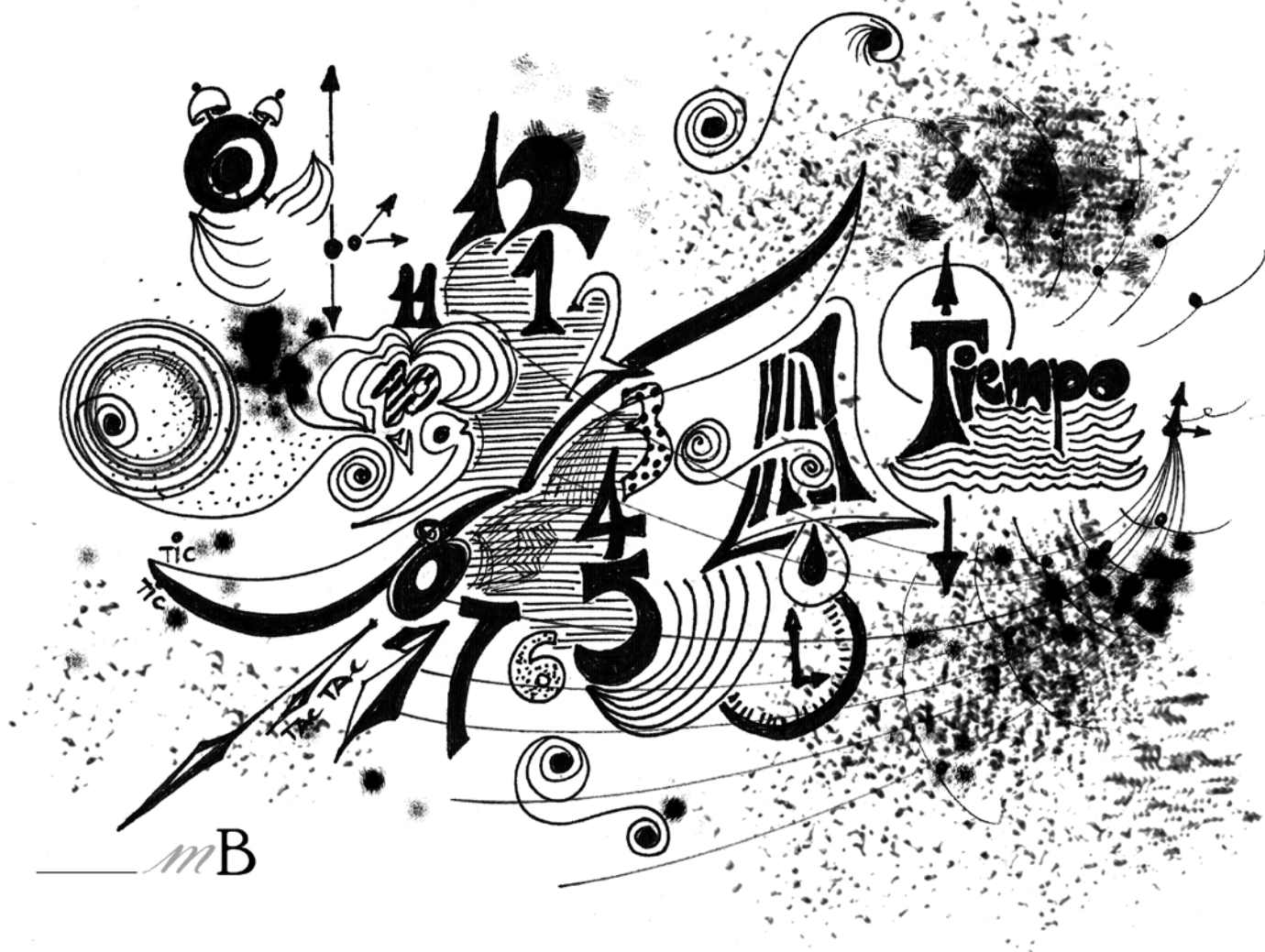
”

Un simple viaje en autobús o tranvía puede transformarse en una torre de Babel, teléfonos móviles mediante. *La lengua la hacen los hablantes* y esta es una herramienta que se fabrica, que se perfecciona, que se pule, que se modifica y que cambia a lo largo de toda la vida.

Estamos instalados en la diversidad, en la globalización, en el mestizaje, en la mezcla y en la composición de la lengua que utilizamos y, sobre todo, del *habla*, es decir, de la *competencia de los hablantes*. De la forma en que cada hablante utiliza su herramienta, que no es más que el resultado de algunas circunstancias históricas. Es precisamente este uso el que termina teniendo carácter normativo, porque la lengua es esencialmente social. Al proceso de formación y conformación que hace cada individuo de su propia herramienta, de su habla, yo lo llamo los exilios.

Y el primer exilio es la escuela.

Salir de casa es una forma de romper con el espacio próximo, de perder la seguridad, el gineceo, el refugio de los brazos de la madre, para enfrentarse al otro que es como



Miguel Brunet: *Tiempo*

tú pero distinto, que llora igual, pero que habla distinto. Hoy, la escuela y, sobre todo, la escuela pública de determinados barrios parece una delegación de la ONU. Un lugar donde nuestros hijos se encuentran confrontados con la diversidad y con la necesidad de la socialización en distintas lenguas. Y no hablamos ya de comunidades donde la lengua es doble o triple y el hecho diferencial significativo. Los profesores que se encuentran al cargo de estas clases lo saben muy bien... y la socialización empieza con el lenguaje.

La calle también. Este sería *nuestro segundo exilio*.

Para los que nos educamos todavía un tanto salvajes en zonas rurales, la calle, además de un enorme patio de recreo sin barreras demasiado visibles, era también un fértil campo de experiencias

y también de socialización, por supuesto, pero incluía una importante parcela de plaza pública, de teatro al aire libre, de balcón al exterior. En suma, lo que más tarde se llamaría “un aula sin muros”. Rápidamente tomamos conciencia de quiénes éramos y de quiénes no eran como nosotros, “los de la capital”, por ejemplo, que eran muy señoritos, vestían de forma más elegante y que no hablaban igual que nosotros. Incluso a nuestros vecinos más próximos, aunque estuviesen alejados pocos kilómetros, se les notaba en el habla, en “el deje” o en el acento. Y es que la idea de pertenencia se forja a partir de unos pocos rasgos. Sólo las veleidades nacionalistas hacen de estos rasgos superficiales una cuestión esencial.

Pero este no es el tema: hablaremos del habla.

Nuestros maestros, además de todos los conocidos, padres y hermanos, otros familiares, parientes y vecinos, —“para educar a un niño se necesita la tribu entera”—, eran también un numeroso elenco de desconocidos. Antes de que llegara la radio y mucho antes de la televisión, tuvimos acceso a un sinnúmero de actores que aparecían de forma regular ante nuestros ojos. El espectáculo estaba en la calle. Así por encima, quiero recordar vagabundos, gitanos y tratantes de ganado, pasiegos del valle de Pas, quincalleros, componedores, saltimbanquis, estañadores y paragüeros, trilleros y cedaceros de Cantalejo, carreteros, músicos y titiriteros, vendedores ambulantes de las más variopintas mercancías, afiladores gallegos, húngaros domadores de osos... Todos tenían

un habla particular y algunos, claramente, tenían dificultades para hacerse entender, otros “hablaban raro”.

Siempre he sostenido que mi “patria” se reduce a la suela de mis zapatos; es ahí donde mantengo el contacto más directo con la tierra que me sostiene y que, como condición de mi esencia de hombre, me permite estar de pie. Al mismo tiempo me liga a mis raíces, a mis “padres”, o sea, a mis antepasados. Es la raíz del patriotismo, y para algunos, la única patria reconocible, después de muchos exilios, es la lengua. Así, son los padres los que dejan habitualmente la marca más indeleble.

El tercer exilio me llegó a los once años con el bachiller y con el internado, a 200 kilómetros del domicilio de mis padres. Era un microcosmos con profesores que tenían a gala hablar un castellano “mejor que el de Valladolid”. Mis compañeros del Norte, desde Galicia a Aragón, venían cada uno con un acento particular y todo se barajaba en un “*totum revolutum*” con un medio ambiente alrededor hoy desconocido, en el que sólo hablaban “*euskera*” los “*casheros*” y los “*arrantzales*”, o sea, agricultores y pescadores. Era la entrada a una “aldea global”.

El cuarto exilio suponía un nuevo choque, el servicio militar obligatorio. Para la mayoría era la primera ocasión en la que se entraba en contacto con los “otros jóvenes”, se realizaban grandes amistades pasajeras, se despertaban rasgos de solidaridad y se descubría al otro en forma de “polaco” o catalán, “cántabro” o castellano, por ejemplo, que a veces sonaba como un insulto. El diferente, pasaba a ser próximo, prójimo, mío o nuestro y este fue también un buen elemento de socialización o a veces de confrontación. Nadie parece echar en falta esta etapa que actualmente para los jóvenes se ha transformado en el movimiento Erasmus

ampliando horizontes y experiencia en Europa y con resultados dispares que van desde el “viaje iniciático” o el turismo a una oportunidad profesional.

Pertenezco a una generación que se educó en la Universidad en los años del estructuralismo, también en los del existencialismo, en los de la nueva novela, en el Mayo del 68 y en el boom latinoamericano. O sea, para ser más preciso, en los años en que las cátedras eran mantenidas a distancia por los catedráticos y por los “penenes” que se ocupaban de llenar los huecos en las clases. Cada uno se ocupaba de impartir parte de su “tesis doctoral” recién estrenada que era realmente en el ámbito donde se encontraban más seguros y sus conocimientos eran todavía frescos y más o menos actuales. Corrimos el peligro de integrarnos en un nuevo exilio en el que la lengua era ante todo un artefacto teórico sin ninguna conexión con la realidad circundante, con el mundo de los libros, con el de la literatura y con lo que algunos llaman en la actualidad “lo viejuno”.

“ Siempre he sostenido que mi “patria” se reduce a la suela de mis zapatos; es ahí donde mantengo el contacto más directo con la tierra que me sostiene y que, como condición de mi esencia de hombre, me permite estar de pie. ”

Hablo de la especialidad de Filosofía y Filología, Lengua y Literatura, claro. A mi catedrático lo conocí en una ocasión en la que fuimos a protestar a su despacho por la falta de organización y coherencia en la impartición de las clases. Debo decir que terminé mi Licenciatura y nunca en ninguna clase se me habló de Cervantes, por ejemplo. Debo

decir también que mi catedrático terminó de Director de la Real Academia Española y yo de profesor de enseñanzas medias, pero esta es otra historia.

En los años a que me refiero, el estructuralismo y las doctrinas de Ferdinand de Saussure hacían furor y los profesores repetían como loritos las famosas “dicotomías” sobre el signo lingüístico: Significante/Significado o Lengua/Habla, esta última mejorada por las afirmaciones de Noam Chomsky que habla más bien de “competencia lingüística” o la capacidad de los “hablantes” de manejarse dentro de un sistema de lengua determinado... Podríamos ir más lejos y hablar de formalismos, de sociología y de psicolingüística e incluso de las “cajas de enseñar” de Skinner... Pero basta de citas. Los resultados prácticos fueron aquellos años de la Ley de Educación de Villar Palasí de 1970 con todas sus consecuencias sobre los futuros engendros pedagógicos y didácticos que se sucedieron en el país hasta la última “Ley de Wert”, séptima de la serie, que acaba de aprobarse, contra todo y contra todos, por obra y gracia de una mayoría absoluta en el parlamento.

Pero este no es el tema: Hablemos del *quinto exilio*. Para mí, la experiencia internacional, fue una ocasión única: el descubrimiento de una lengua, de una cultura y también de otros exilios. El de los emigrantes políticos republicanos, que a su vez no miraban con buenos ojos a los emigrantes “económicos” que llegaban desde España con sus maletas de cartón para ocupar los trabajos más duros junto con argelinos, portugueses, turcos o marroquíes. Muchos de ellos no lograron integrarse nunca y menos en el lenguaje; seguían refugiados en sus pequeños guetos y soñando siempre con volver. Es verdad que mi francés no era entonces muy académico: sucesivamente se me achacaba mi acento español,

pirenaico, aquitano, parisién, limosín... hasta llegar a la pregunta clave: – ¿Vous êtes espagnol ou basque?

Para mí fue una oportunidad y un refugio, unos aires de libertad, un terreno de oportunidades. Además de dominar la lengua y de “pensar en francés”, el regreso a mi país me pareció casi un nuevo exilio. El país aún no había salido de la dictadura.

El sexto exilio es el que constituye la vida profesional. El lugar o el medio en el que ejercemos nuestra actividad diaria y en el que nos cruzamos con las personas. Profesionalmente me he dedicado a enseñar lengua básicamente, incluso cuando he impartido otras materias. La mayor parte de mi tiempo ha estado dedicada a las herramientas básicas instrumentales con alumnos de todo tipo y condición. Mis alumnos no aprobaban ciertas asignaturas, porque no entendían lo que leían. Tampoco sabían “expresarse con facilidad y eficacia en su propio idioma”, según la definición de “analfabeto” de la UNESCO. Así de sencillo. Así, pues, sé de lo que hablo.

Yo aprendí a hablar en las faldas de una señora mayor, mi abuela, casi analfabeta, que apenas era capaz de escribir su propio nombre. Sin embargo, leía aunque con dificultad, parsimonia y fidelidad religiosa cada día la hoja del taco-calendario del Mensajero del Corazón de Jesús, pero me acunaba con viejos romances, cantares de ciego, adivinanzas y consejas que sabía de memoria y que repetía con asiduidad y con precisión en un ejercicio de memoria envidiable, que transmitía toda una tradición oral aprendida en los campos de Castilla.

Para terminar con otros exilios, uno de los últimos serían los formados por los medios de comunicación– o de incomunicación. – ¿Habla usted mi idioma? –era la pregunta de turno que el protagonista americano

realizaba en las películas de indios o de salvajes que veíamos en esa época.

Aquí se doblaban las películas, se doblaba el *No-do*, se doblaba la información, “el parte” era uno, único y uniforme. Se traducían malamente los libros de literatura de otras lenguas, y cuando llegó el boom del turismo, “el landismo” y otras yerbas que se reflejaban en el cine nos parecieron de lo más curioso y racial. Lo más de lo más para evitar la contaminación.

“ Yo aprendí a hablar en las faldas de una señora mayor, mi abuela, casi analfabeta, que apenas era capaz de escribir su propio nombre. ”

“Prohibido asomarse al exterior”, el cartel que figuraba bajo las ventanillas en los vagones de la RENFE de entonces, parecía una metáfora de un estado de cosas: del miedo al otro, para la conservación de las esencias o lo que se llamó también “reserva de Occidente” y más exactamente por parte de Machado “la España de cerrado y sacristía”.

La ignorancia, la falta de atención al “otro” que habla distinto, que tiene un deje particular, que habla raro o simplemente “que no habla cristiano” no están tan lejos de nuestra experiencia y al grito de “que inventen ellos” de Unamuno se puede añadir el “que se esfuerzen ellos por entenderme”. Aquí cuando ignorábamos una lengua elevábamos el tono de voz, creyendo que nuestros oyentes eran sordos. “No estábamos dotados para los idiomas”. Y nosotros que en los tiempos gloriosos enseñamos a hablar a medio mundo —“la lengua ha sido siempre compañera del imperio” — que decía Nebrija, quedamos mudos frente a los que

llegaban a nuestras costas desde el extranjero.

Así solía ocurrir con los primeros encuentros en las ciudades o en las playas repletas de turistas en verano... Hasta que se vio la necesidad de aprender idiomas, aunque no fuese más que para poder trabajar de camarero en una playa o por la necesidad de los trabajadores que acudían a los países de Europa con la maleta de cartón atada con una cuerda.

Poco a poco nos hemos abierto a otra realidad, e incluso hemos caído en el extremo opuesto: “*Loïn de l’anglais, point de salut*”, expresión esta que me niego a traducir, porque los pocos que aprendíamos un idioma extranjero en la época era el francés, con unos viejos sistemas, bien alejados de la práctica, por cierto, y que no nos servían de gran cosa al traspasar la frontera.

Aprendimos la lengua de los comerciantes, primero, justo lo necesario para poder comer cada día y no se trata de ninguna metáfora.